

El Pesebre Santaferense



Las festividades de Navidad no se limitan en Bogotá a los regocijos de costumbre que suelen ir unidos a las ceremonias religiosas del día, sino que sirven de pretexto para una serie de diversiones que a veces duran casi cinco días, hasta la Epifanía. Desde la víspera, en muchas de las iglesias, los altares se preparan para lo que se llama *Pesebres*, es decir, para reproducir, mediante decoración teatral y figurillas de cera o de cartón, las circunstancias alusivas al nacimiento del Salvador.

Algunas familias los hacen en sus casas y gastan en ello grandes sumas, movidas por el deseo de eclipsarse unas a otras por el lujo y la variedad de sus exposiciones.

La parte principal del *Pesebre* está constituida por el establo con sus animales, la Sagrada Familia, los pastores y los reyes magos en adoración ante el Divino Niño o en camino para ir a adorarle; en este último caso y con objeto sin duda de que nadie pueda equivocarse acerca del papel que desempeñan las figuras que representan a los reyes magos, cada una de éstas tiene en la mano un cordón que va a parar a las puntas de la estrella que les precede y les guía.

En las casas particulares los accesorios que acompañan a lo principal, ofrecen un verdadero atractivo a la curiosidad por la reunión de todo lo que el capricho más extravagante ha podido conseguir en muñecos y juguetes mecánicos en un bazar para niños. Así, escenas de su vida desde la huida a Egipto, hasta su muerte en la cruz; el diablo, que aparece y desaparece por un escotillón; una ermita con un capuchino que trae una niña medio oculta en un haz de paja; procesiones, campesinos que bailan, artesanos que trabajan, hombrecillos de aspecto y rasgos grotescos, barcos que navegan por ríos y hasta ferrocarriles en marcha; en fin, para dar una idea del punto a que llega la fantasía excéntrica de los decoradores, añadiré que recuerdo haber visto una vez en el cortejo de los reyes magos, teniendo como éstos en la mano un cordón unido a la estrella, a un Bonaparte perfectamente reconocible por su levitón gris y su famoso sombrero; conjunto de cosas que resulta grotescamente cómico al verlo alrededor de la cuna del Salvador.

El nacimiento, cuando se exhibe, suele estar por la noche iluminado con luces; todo el mundo puede entrar a verlo gratis y la gente acude en masa llevando a los niños como a una diversión.

Independientemente de esta distracción, desde Navidad hasta Reyes, en muchas casas se dan bailes que se organizan en la siguiente forma: cada noche las señoras, antes de separarse, designan entre los señores de su grupo, a cuatro o cinco para que sufraguen los gastos y hagan los honores del baile del día siguiente; si mal no recuerdo, estos señores son los *alféreses*; éstos, estimulados por un sentimiento de emulación no escataman nada para no quedar por lo bajo de sus predecesores en esas funciones, y resulta, en definitiva, que muchas de las familias en cuyas casas se celebran esas fiestas, no corren con más gastos que el de ceder el local.

En estas fiestas el baile principal es una contra-danza española muy movida, que no se baila por un determinado número de personas distribuidas en cuadrillas sino por parejas en número indefinido, colocadas en dos filas. Esta contra-danza no deja un instante de reposo a los que la bailan; su duración depende no del número de figuras sino del de parejas. Las polkas y los rigodones recientemente puestos de moda, aun cuando se bailan algunas veces, no están aún muy en boga. Otro de los bailes que gozan de gran predilección es la *cachucha*, especie de minué, de una pareja, pero es mucho más vivo y tiene más pasos de danza que el que antiguamente estaba de moda en Francia y en el que las damas y los caballeros acompañados de castañuelas y de panderos se ingeniaban en desplegar toda la gracia y en expresar toda la pasión con sus posturas y piruetas; en los grandes bailes éste no se acostumbra más que como un intermedio y por muy pocas personas, ya que requiere para que resulte perfecto y se mantenga en los límites que impone la corrección, un arte y aptitudes especiales, pues bailado sin discreción como la gente del pueblo, adquiere inmediatamente un tono del peor gusto.

Augusto Le Moyne

(De Viajes y estancias en América del Sur).

